

§ 309

El cielo en cuanto vida con Cristo

APARTADO 1.

IMPORTANCIA DE LA UNIÓN CON CRISTO

La existencia del cristiano está caracterizada por el hecho de que vive “en Cristo” y Cristo vive “en él”. La “in-existencia” de Cristo en el hombre y la del hombre en Cristo no significa—ya lo hemos dicho—la presencia espacial, sino la presencia dinámica de Cristo. El justo es dominado por Cristo; vive bajo el poder y la acción de Cristo muerto y glorificado. El hombre tiene conciencia de su unión con Cristo por la fe y no porque la vea. Cristo está cerca de él, pero él no lo ve.

La vida del cielo consiste, en cambio, en que el unido a Cristo contempla al Señor inmediatamente y es directamente consciente de su unión con El. El justo, en el cielo, contempla la faz de Cristo, que fué antes la ley de su vida, con quien bebió el cáliz de la pasión, a quien se entregó obediente y confiado sin verlo cara a cara. En el cielo se cumple esa enorme esperanza. Podemos comparar la fuerza real de este hecho, a lo que para nosotros representa el primer encuentro con una persona a quien amamos desde hace mucho sin conocerla y que llena y supera todas nuestras esperanzas. Cristo no es sólo indicador del camino de la salvación; es el contenido de ella. La proximidad de una persona puede significar para nosotros iluminación y color. Cristo es mucho más de lo que un hombre puede ser para otro; es completamente distinto de todos los demás porque en El vuelve el Padre hacia nosotros sus ojos amorosos; puede, por tanto, llenar todas las esperanzas del amor y satisfacer las mayores exigencias del espíritu. No hay peligro de que desilusione a quien se une a El.

APARTADO 2.º

TESTIMONIO DE LA ESCRITURA

1. *Visión de conjunto.*

Según la *Escritura*, la comunidad con Cristo es la suma de plenitud y felicidad, y la lejanía de El, el extremo de la desventura. Donde El está, está el paraíso (*Lc. 23, 43*). La última oración del diácono Esteban es la petición de ser recibido en la comunidad de vida con el Señor (*Act. 7, 59*). Estar en el cielo significa estar con Cristo (*Io. 14, 3*); El es Vida, Pan y Verdad. Los pecadores, en cambio, tendrán que oír: “no os conozco” (*Mt. 7, 23; 25, 12; Lc. 13, 25*), es decir, no quiero saber nada de vosotros. El infierno consiste en no vivir con Cristo. La salvación y desgracia de los hombres se realiza en las palabras del Señor: “venid conmigo” y “apartaos de mí”.

Estar siempre con el Señor es para San Pablo la más alta meta del anhelo (*I Thess. 4, 17; II Thess. 2, 1; Rom. 6, 23; Phil. 4, 19; Col. 3, 2-4*). La venida del Señor significa para el hombre la plenitud de la salvación (*Col. 3, 4*). San Pablo llama a la unión con Cristo en esta vida existir-en-Cristo, mientras que a la unión con El en la otra vida la llama existir-con-Cristo (*Phil. 1, 23; I Thess. 4, 18; 5, 10; II Cor. 13, 4*). Cfr. § 182.

Si la vida terrena está caracterizada por el hecho de que el hombre es dominado por Cristo, la llegada de Cristo en la muerte es la realización del perfecto dominio de Cristo. Este dominio significa superioridad sobre la muerte y el pecado, sobre el dolor y la caducidad, plenitud y hartura de verdad y de amor. Quien está dominado por Cristo logra también sobreponerse a la angustia y al dolor, a la caducidad y a la muerte; se convierte también en dominador. La vida celestial significa participación en el señorío de Cristo. Los justos son los co-dominadores con Cristo (*II Tim. 2, 12*). Serán señores al participar del señorío de Cristo, cuya esencia es caracterizada en la *Escritura* con la palabra “Kyrios”, con la enfática denominación “el Señor”.

Como la muerte, que es el enemigo del hombre, es a la vez el tránsito hacia esa plena comunidad con Cristo, San Pablo la saluda como a un amigo. Desde la cárcel de Roma escribe a los Filipenses

que lo que espera es que Cristo sea glorificado como siempre en su cuerpo por la vida o por la muerte. "Que para mí la vida es Cristo, y la muerte, ganancia. Y aunque el vivir en la carne es para mí fruto de apostolado, todavía no sé qué elegir. Por ambas partes me siento apretado, pues de un lado deseo morir para estar con Cristo, que es mucho mejor; por otro, quisiera permanecer en la carne, que es más necesario para vosotros" (*Phil.* 1, 21-24).

El hombre que encuentra a Cristo cara a cara se da cuenta de que Cristo le da todo lo que anhela su corazón; en El encuentra la imagen del hombre perfecto, porque su ser humano está configurado por su persona divina y glorificado por la gloria de Dios. El es la imagen que el hombre busca en la tierra sin encontrarla. El justo vive en Cristo la experiencia de que lo terreno eran las sombras cuya realidad es Cristo (*Col.* 2, 17). Cristo es la verdadera vida, el verdadero pan, la verdadera luz, el verdadero camino (*Io.* 14, 6). También en su vida de peregrinación pudo saber que Cristo es la Vida, el Pan, la Luz, la Verdad y el Camino, pero en esta vida no pueden ser directamente experimentadas estas funciones de Cristo. El justo, en cambio, reconocerá inmediatamente que Cristo es el Pan y la Vida, la Luz, la Verdad y el Camino.

2. Particularidades.

a) Vamos a intentar explicar en particular la significación de Cristo para la vida eterna expresada en las imágenes dichas. Cristo es el pan, el verdadero y propio pan (véanse las explicaciones de Tillmann y sobre todo de Bultmann sobre *Io.* 6, 1 y sigs., y además el comentario de Josef Schmid a *Mc.* 6, 32-44, a *8.* 1-9, a *Lc.* 9, 10-17, a *Mt.* 14, 15-21 y 14, 32-39). El pan terreno sirve para la conservación y seguridad de la vida terrena. Sólo puede cumplir esta función transitoriamente, de forma que hay que comer pan continuamente para no morir. Pero incluso el mejor pan terreno no puede alimentar para siempre la vida ni puede evitar para siempre la muerte. Incluso la vida mejor alimentada cae alguna vez en la muerte. El pan terreno sólo puede dar vida perecedera y de modo transitorio. Pero sobre todo ni siquiera el pan más alimenticio puede calmar la más íntima y profunda hambre del hombre, el hambre del corazón y del espíritu. El hombre puede engañar esa hambre, pero no puede saturarla definitivamente con nada terreno. De ello procede su eterno desasosiego y por eso se

precipita de unas cosas a otras y persigue hacendoso y activo lo que parece prometer su saturación. Tiene que experimentar que todos los intentos de encontrar saturación en lo terreno fracasan. La vida humana está caracterizada por un hambre continua. Durante la vida de peregrinación el hombre sólo puede vivir en el modo del anhelo. Entonces da Cristo la promesa de que lo que promete y no puede cumplir el pan terreno lo puede conceder El, la vida eterna. Cristo se llama a sí mismo el pan inmortal para la vida inmortal. Invita a llegar a El a los hambrientos y sedientos, prometiéndoles refrigerio. (*Mt.* 5, 6; 11, 28; *Io.* 7, 37; 4, 14; 6, 35.) Los saturados, los autosuficientes, los satisfechos de sí mismo no serán invitados por El, porque creen que no necesitan pan.

No sólo explicó con palabras esta su significación para los hombres, sino que la representó en símbolos. Invitó a comer a las turbas que lo seguían y las alimentó pródigamente (*Mt.* 8, 1-9). Aquella comida sirvió, en primer lugar, para saturar su cuerpo. Pero ésta no era la última ni la principal intención de Cristo. De otro modo el acontecimiento no habría sido más que un incidente insignificante en la historia humana. Y ¿qué significación puede tener el hecho de que una vez fueran invitados a comer unos miles, cuando continuamente están muriendo de hambre millones y millones de hombres? Aquel acontecimiento tuvo una importancia que trasciende ampliamente la superación de la momentánea necesidad. La saturación de aquella tarde era imagen de otra saturación eterna. El pan repartido entonces era imagen de otro pan que no se hace ni puede ser preparado por hombre, sino que llega del cielo y sólo puede ser concedido por Dios. En aquella hora vespertina se descorrió por un momento el telón que separa lo terreno y ultraterreno, de forma que pareció que el hambre insatisfecha y continua era por un momento superada por un estado de saturación.

En el mundo que resuena de los gemidos de los hambrientos se necesita una fuerte garantía de que algún día llegará una época de plena saturación, cuando al hombre no le parecerán charlatanería las palabras dichas sobre este tema. Por eso Cristo no se contenta con las palabras, sino que añade una acción simbólica. Por eso no se contenta con una acción única, sino que repite el símbolo (*Mt.* 15, 32-39; *Mc.* 8, 1-9; *Mt.* 14, 13-21; *Mc.* 6, 32-44; *Lc.* 9, 10-17; *Io.* 6, 1-14). Los hambrientos y sedientos no deben desesperarse, sino que deben esperar el milagro del pan del Señor y creer que su promesa de que un día calmará el hambre es fide-

digna. Una vez se necesitó tal manifestación del futuro. "Una vez necesitamos el milagro, ciegos de nosotros." Esa vez única tiene que bastar. Los cestos que pudieron llenarse con el pan sobrante después de la comida son signos de que Cristo no da alimento escaso, sino sobreabundante.

Lo que representó simbólicamente en aquella invitación lo realizó provisionalmente en la Eucaristía. En ella se ofrece a los suyos como pan inmortal para la vida inmortal. En todo banquete recibe el hombre el amor de Dios creador. Pero en la Eucaristía recibe corporalmente el amor aparecido en Cristo. Pero también en la Eucaristía se regala el Señor a los suyos sólo entre los velos del signo. Sin embargo, esta entrega está ordenada a la entrega en que se dará a los suyos manifiestamente, cuando descubra su rostro. El banquete eucarístico hace a los hombres capaces del banquete celestial. Allí se entregará Cristo en un acto continuo de ofrecimiento de forma que los hombres podrán recibirlo continuamente. Continuamente serán refrigerados por El. De El recibirán vida imperecedera eternamente floreciente e inmarchita. El banquete celestial del pan celeste calmará perfectamente el hambre del hombre. Cristo concederá a los hombres en aquella forma de vida lo que el pan terreno no puede darles. Se lo concederá de modo perfecto. Por eso todo pan terreno es símbolo del Señor y todo banquete terreno es preludio del banquete celeste y toda preparación terrena del pan demostración de la preparación del pan celeste por Cristo.

El encuentro con Cristo en el modo celestial de existencia no es un acontecimiento único y en seguida acabado, sino continuo y duradero. Por eso el refrigerio de ello derivado es un acontecimiento continuo. Por eso en el cielo ocurre continuamente un banquete, ya que el Señor se regala continuamente a los suyos y ellos lo reciben ininterrumpidamente. Por eso los celestiales están siempre saturados y a la vez abiertos sin pausa al torrente del amor.

b) Con la promesa del pan está estrechamente relacionada la promesa de la vida. En ella se dirige Cristo al hambre de vida de los hombres. La palabra vida es una palabra mágica que fascina a cualquiera. El hombre tiene hambre y sed de vida, y de vida creciente (Tillmann y Bultmann sobre *Io.* 14, 6). Sin embargo, el hambre de vida no puede ser saturada en la tierra, ni por riquezas, ni por el trabajo y el éxito, ni por el placer y la alegría, ni por el amor terreno o la profesión, ni por el dinero o los nego-

cios. Pues el corazón humano es insaciable. Tendría que desesperar, si sólo existieran las posibilidades de vida de esta tierra. Y en esta situación clama Cristo: "Conservad vuestras grandes exigencias, aunque no puedan ser satisfechas por nada terreno. Yo las satisfaré. Pues Yo soy la verdadera y propia vida." Todo lo que llamamos vida no es más que reflejo de la vida que nos sale al paso en Cristo. Pues en El nos sale al paso una vida abundante y segura. Estas dos propiedades faltan a la vida creada, que es pobre y perecedera. A diferencia de ella, la vida que Cristo ha recibido del Padre y que en consecuencia lleva en sí mismo (*Io.* 5, 26) es una vida de plenitud y de fuerza. Cristo es propiamente la riqueza absoluta de vida y el poder indestructible de existencia. La caducidad no tiene acceso posible a esta vida de plenitud y seguridad. De esta vida se ha hecho partícipe el cristiano (*Io.* 3, 15. 36). San Juan y San Pablo dan testimonio de ello en innumerables textos. La liturgia habla incansablemente de esa vida. Para convencerse de ellos hay que leer los textos de las celebraciones eucarísticas o la liturgia del sábado santo. Pero esta vida está oculta durante la época de peregrinación. Ahora parece que es débil (*Col.* 3, 3). Pero es más fuerte que la muerte. Quien participa de esta vida sigue viviendo después de la muerte. La muerte ayudará incluso a su última irrupción.

Sólo mediante la unión con Cristo alcanza el hombre esta vida indestructible. Cristo es la vid desde la que fluye la vida a los sarmientos (*Io.* 15, 1 y sigs.). La vid es el árbol de la vida. Cristo es el origen de la verdadera y auténtica vida. El mito sueña con un árbol de la vida. Lo que sueña el mito es en Cristo realidad. El mundo no puede satisfacer los anhelos de vida del hombre. Sólo Cristo puede dar vida inmortal, porque en El apareció en el mundo la vida de Dios (Bultmann). Cristo satura, por tanto, el hambre de vida de quien se une a El en la forma celestial de existencia. La forma celestial de existencia significa que la vida abundante e inmortal de Cristo llena el yo humano.

c) A la palabra de la vida se une la palabra de la luz. Cristo es la verdadera luz (véase art. *Licht* en el *Lexikon für Theologie und Kirche*, VI, 55 y sigs.). Como tal vino al mundo, para ahuyentar la noche de las tinieblas y del error, de la incredulidad y del pecado (*Io.* 1, 1-9; 3, 19 y sigs.; 8, 12; *II Cor.* 4, 4; *Hebr.* 6, 4; 10, 22). Toda luz terrena es imagen de la luz que es Cristo. La luz ilumina, es la iluminación del mundo. Cuando el mundo está

iluminado el hombre puede orientarse. Ve los caminos y las metas. Ve también las dificultades y peligros del camino. Sin embargo, toda la luz de la tierra no puede ahuyentar la oscuridad para siempre. Es demasiado débil para ello. Continuamente dominan las tinieblas. Incluso el sol más claro no puede más que ahuyentar la oscuridad por unas horas. Pero sobre todo sólo puede ofrecer al hombre la orientación que necesita para moverse corporalmente dentro del mundo. Pero no puede dar la iluminación que el hombre necesita para entenderse a sí mismo, para comprender los caminos del espíritu y del corazón y sus propios fines. Pero precisamente eso es lo que anhela el yo humano. Para esa iluminación necesita otro sol. Le es concedido al hombre por el conocimiento y por el amor. Pero el conocimiento terreno sólo puede dar al hombre una comprensión de sí mismo dentro de los límites del mundo. También éste puede ser grande y hacerlo feliz. Pero mientras persevera en esa exclusiva comprensión de sí mismo, mientras sólo tenga esperanzas terrenas está apresado en el círculo de la existencia terrena. Por muy amplia y poderosa que sea, el hombre la siente como prisión, de forma que mientras vive únicamente como creyente en el mundo existe en una consciente e inconsciente angustia y desesperación (E. Spranger, *Weltfrömmigkeit*, 1942). Para existir verdadera y auténticamente necesita puertas y ventanas que se abran más allá del mundo. Sólo Cristo puede conceder tal cosa, porque ha bajado a la historia humana desde una realidad que es distinta de la realidad del mundo y porque en su resurrección y ascensión y en su vuelta al Padre ha roto el círculo de lo terreno hacia Dios. Por El adquiere el hombre la verdadera y última comprensión de sí mismo. Cristo es, por tanto, la verdadera luz del hombre. Puede calmar la sed humana de luz. Sólo El lo puede. Pues en El irrumpió en las tinieblas de la historia humana la luz, que es Dios (*Sal.* 17, 29; 66, 2; 118, 135).

Cristo es la luz para los hombres incluso en los días de peregrinación. Continuamente es aludida en la liturgia la luz. Jubilosamente es cantada en la liturgia del Sábado Santo. El cirio pascual es un símbolo de Cristo. Al bendecirlo canta el diácono: "Regojese la muchedumbre angélica de los cielos, celebrense con júbilo los misterios divinos y la trompeta de salvación suene anunciando la victoria de tan gran Rey. Alégrese también la tierra radiante de tan grandes fulgores, e iluminada con el resplandor del Rey eterno sienta que se han disipado las tinieblas de todo el orbe. Alégrese también la madre Iglesia, adornada con los resplandores de tan

gran luminaria, y resuene este templo con las aclamaciones de los fieles. Por tanto, hermanos carísimos que asistís a tan admirable claridad de esta santa luz, implorad conmigo la misericordia de Dios omnipotente para que El, que, sin ningún mérito mío, se ha dignado contarme entre sus ministros, infundiéndome la claridad de su luz, me conceda pregonar las alabanzas de este cirio. Por nuestro Señor Jesucristo su Hijo, que con El vive y reina en unidad del Espíritu Santo Dios. Por todos los siglos de los siglos. Así sea. El Señor sea con vosotros. Y con tu espíritu. Elevad los corazones. Los tenemos ya puestos en el Señor. Demos gracias a Dios nuestro Señor. Es digno y justo aclamar con todo el afecto del corazón y del alma y con nuestra palabra al Dios invisible, Padre omnipotente, y a su Hijo unigénito nuestro Señor Jesucristo. Quien pagó por nosotros al Padre eterno la deuda de Adán y con su preciosa sangre borró la escritura del antiguo delito. Porque empieza la celebración de las fiestas pascuales, en las que se inmola aquel verdadero Cordero cuya sangre consagra las puertas de los fieles. Esta es la noche en que antiguamente hiciste pasar a pie enjuto el mar Rojo a nuestros padres, los hijos de Israel, a quienes sacaste de Egipto. Esta es, pues, la noche que disipó las tinieblas del pecado con el resplandor de la columna. Esta es la noche que, separando hoy en el mundo entero a los que creen en Cristo de los vicios del siglo y de las tinieblas del pecado, los restituye a la gracia y asocia a la santidad. Esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo sale victorioso del sepulcro. Pues nada nos hubiera aprovechado haber nacido si no nos hubiera redimido. ¡Oh admirable dignación de tu misericordia para con nosotros! ¡Oh inestimable amor de caridad: para redimir al esclavo entregaste al Hijo! ¡Verdaderamente era necesario el pecado de Adán para que Cristo con su muerte lo borrara! ¡Feliz culpa que mereció tal y tan grande Redentor! ¡Oh noche verdaderamente venturosa, que sólo ella mereció saber el momento y la hora en que Cristo resucitó del sepulcro! Esta es la noche de la que está escrito: la noche resplandecerá como el día y la noche me alumbrará en mis delicias. La santidad, pues, de esta noche ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve a los caídos la inocencia y la alegría a los tristes. Apaga los odios, dispone a la paz y humilla los imperios. Atendiendo, pues, a esta noche, recibe, Padre santo, el sacrificio vespertino de este incienso que en esta solemne oblación del cirio, elaborado por las abejas, te ofrece, por manos de sus ministros, la Iglesia sacrosanta. Mas ya

conocemos las excelencias de esta columna, en la que brilla para gloria de Dios rutilante llama.

El cual, aunque dividido en parte, comunicando su luz no sufre mengua, pues se alimenta de cera derretida que la madre abeja elaboró para sustancia de esta preciosa lámpara. ¡Oh noche verdaderamente dichosa, que despojó a los egipcios y enriqueció a los hebreos! Noche en que se une lo celestial con lo terreno, lo divino con lo humano. Te rogamos, pues, Señor, que este cirio consagrado en honor de tu nombre continúe ardiendo para disipar las tinieblas de esta noche y, aceptado en olor de suavidad, mezcle su luz con las luminarias del cielo. Hállelo encendido el lucero de la mañana, aquel lucero que no conoce ocaso, aquel que, volviendo del sepulcro, derramó clara luz sobre el género humano. Te rogamos, pues, Señor, que te dignes con incesante protección regir, gobernar y conservar a nosotros tus siervos, a todo el clero y al devotísimo pueblo, juntamente con nuestro prelado, concediéndonos días de paz en estas alegrías pascuales. Dirige también tu mirada a quienes en el poder nos gobiernan y por lo inefable de vuestra bondad y misericordia dirigid sus designios hacia la justicia y la paz, para que después de sus afanes aquí en la tierra lleguen con todo vuestro pueblo a la patria celestial. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor, que contigo vive y reina en unión del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea.”

Los que viven en la luz que es Cristo son en verdad los iluminados. (El bautismo se llamaba antiguamente “iluminación”; véase, por ejemplo, Justino Mártir, *Apología* I, 6 y sig.). Cristo les abre los ojos del corazón. Sin El el hombre es ciego. En la curación de ciegos se expresa simbólicamente que Cristo es el que trae la luz. Para los iluminados por El no volverá a ponerse el sol. Durante toda la vida terrena el cristiano es un iluminado (*I Thess.* 5, 5; *Eph.* 5, 8. 9; *II Cor.* 6, 14; *Col.* 1, 12). Pero a los mundanos y a veces incluso a sí mismo se parecerá un loco, porque construye sobre lo invisible y no puede ver las ventajas terrenas con los medios del mundano. En la otra vida sabrá que es el verdadero prudente y que el mundo, en cambio, que se creyó sabio, fué un utopista y un loco. (*Hebr.* 11, 1; *I Cor.* 1, 18-31). Se cumplió lo que San Pablo escribe a los corintios (*II Cor.* 4, 6): “Porque Dios, que dijo: “Brille la luz del seno de las tinieblas”, es el que ha hecho brillar la luz en nuestros corazones para que demos a conocer la ciencia de la gloria de Dios en el rostro de Cristo.” Véase también, *Sab.* 2, 12-23.

d) El concepto de verdad es vecino al concepto de luz. Cristo es la verdad, la auténtica y propia verdad. Stauffer (*Theologie des NT*, pág. 108) intenta explicar así lo significado: "Yo soy la verdad, dice el Logos encarnado, en *Io.* 14, 6. Nosotros sabemos o descubrimos muchas verdades. Pero aquí se habla de la verdad sin más. La razón prostituída vende sus verdades a cualquiera y complace a todas las voluntades. Pero aquí se manifiesta la verdad que no consiente coquetería alguna y exige decisión. Uno dice una verdad y su palabra vuelve vacía porque no se compromete en su verdad con todo su ser. Pero Cristo dice la Verdad y su palabra provoca una transformación, pues existe y está dispuesto a comprometerse por la verdad que proclama. Nosotros estamos maniatados e impedidos porque no queremos saber nada de la verdad. Cristo, en cambio, es libre y liberador porque tiene la Verdad y la Verdad se revela en El; y la Verdad hace libres. Cuando el hombre atestigua algo de la Verdad se acusa a sí mismo, porque la Verdad testifica contra nosotros. Pero Cristo da testimonio de la Verdad y la Verdad da testimonio a su favor. Nosotros sólo podemos hablar de la Verdad y cuando decimos algo de ella decimos más de lo que tenemos y somos. Pero el Verbo encarnado es la Verdad. Es más de lo que dice en palabras. En nuestro mundo humano siempre aparecen por distintas partes la verdad y la realidad, pero aquí verdad y realidad son una misma cosa."

El sentido más profundo del concepto de verdad se nos manifiesta, sin embargo, cuando la entendemos como la realidad divina revelada por Cristo. La verdad (*a-letheia*) es la realidad de Dios desvelada, no oculta (Tillmann y Bultmann, *Comentario a Io.* 14, 6; véase también Quell y Bultmann, artículo *Aletheia*, en el *Kittels Wörterbuch zum NT*, I, 233-251). Dios, que vive en luz inaccesible (*I Tim.* 6, 16), se nos ha hecho accesible en Cristo. En Cristo podemos ver y tocar al Padre (*Io.* 14, 9 y sig.). Pero durante la vida terrena del Señor la realidad de Dios en El accesible estaba a la vez oculta. Se reveló entre velos. El encuentro con Cristo en el modo de existencia celestial significa que son descorridos todos los velos. Entonces encuentra el hombre la realidad de Dios, hecho accesible en Cristo, con toda su gloria manifiesta. Le es ofrecida por Cristo. El hombre puede acogerla en sí, y se llenará de ella. Así se calmará la sed humana de realidad. Ninguna otra cosa puede calmarla perfectamente.

El encuentro con Cristo en el modo de existencia celestial significa, por tanto, la satisfacción definitiva y perfecta del hambre de pan, de vida, de realidad.

3. *El cielo como configuración con Cristo.*

Este perfecto encuentro con Cristo completa también la cristiformidad del hombre celestial. El cristiano es configurado a imagen de Cristo. Es una imagen del Señor encarnado y glorificado (*Rom. 8, 29*). Quienes han sido bautizados en Cristo se revistieron de Cristo (*Gal. 3, 27*). Se revistieron el vestido de su gloria. Al pecar los hombres perdieron el vestido paradisiaco de la inocencia, de la incorruptibilidad y de la justicia. Expresión visible de su interna desnudez fué el hecho de que a los primeros hombres se les abrieron los ojos y vieron y sintieron que estaban desnudos. Trataron de cubrir su desnudo cuerpo e inventarse un sustitutivo de lo perdido. Pero sus vestidos terrenos no pueden devolver el esplendor del vestido paradisiaco perdido en la caída. Pueden dar protección contra los peligros externos; también pueden ayudar al hombre a aparecer decentemente en la comunidad humana y a la vez a guardar su secreto personal; pueden expresar honrabilidad y honradez, pero no pueden concederle lo que en último término busca consciente o inconscientemente en todos los vestidos terrenos que lleva: el revestimiento con el esplendor y la gloria de Dios, con la inocencia y la santidad. En el bautismo el hombre vuelve a ponerse de nuevo el vestido que llevó y perdió en otro tiempo, la radiante túnica de la gloria de Dios. El bautizado está revestido de la gloria de Cristo resucitado. Con ese vestido es un hombre nuevo (*Col. 3, 9; Rom. 13, 14*). Tal vestido es signo de su nuevo estado, de su pertenencia a la familia y a la casa de Dios (*Io. 14, 2*), pero durante la vida terrena tal vestido es invisible. Se hará visible en la vida celestial. Entonces se revelará que el hombre perfecto lleva un vestido de gloria. Todos los vestidos terrenos son imagen del futuro revestimiento de gloria, que será la perfecta expresión de su ser. Con él será apto para la sociedad de los invitados al banquete de boda (*Mt. 2, 11*), pues está totalmente sumergido en el esplendor de Cristo glorificado. "Todos nosotros, a cara descubierta, contemplamos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el espíritu del

Señor" (*II Cor.* 3, 18; cfr. 5, 4; E. Peterson, *Theologie des Kleides*, en *Benediktinische Monatschrift*, 16 (1934), págs. 347-356). Véase vol. V, § 182.

APARTADO 3.º

TESTIMONIO DE LOS PADRES

También *en tiempo de los Santos Padres* es considerada la comunidad con Cristo como elemento esencial de la vida del cielo. Según San Ireneo, todos los justos se alegran de ver a Cristo. Por El poseen la vida inmortal. El es su paz y su fuerza. El irradia el esplendor del Padre y ellos, al vivir con El, están inmersos en ese esplendor. Lo mismo que los que están a la luz participan de su esplendor, quienes contemplan a Dios en Cristo, están en Dios y participan de su gloria. San Hipólito describe a Cristo como árbol de la vida. Quienes quieran gozar de esta vida, pueden gozar de ella para siempre ante la faz del Padre y en compañía de Adán y de todos los justos. Según San Clemente de Alejandría, los justos gozan de la visión de Dios; les es concedida por medio de Cristo, que reina sobre ellos. Orígenes dice que Cristo subió al cielo para prepararnos el camino. Allí viviremos con El en la clara luz de Dios. En el cielo gozaremos del sosiego propio de la felicidad contemplando perfectamente al Logos. Según San Cipriano, el cielo es la vida en el reino de Cristo, la convivencia con El y con el Padre. Ser llamado al cielo significa ser llamado a la gloria con Cristo. San Juan Crisóstomo ensalza la muerte, porque une a los santos con Cristo.

APARTADO 4.º

DIFERENCIA DE RANGO ENTRE CRISTO Y EL HOMBRE GLORIFICADO

Por íntima que sea la unión de los justos con el Señor glorificado, no desaparece la *diferencia de rangos*. No puede desaparecer, porque Cristo sigue siendo el Señor y los justos siguen dependiendo de El (*Lc.* 19, 25; *Mt.* 25, 37-44). Incluso en el cielo estarán a su servicio (*Mt.* 24, 47; 25, 21-23).

El vidente del Apocalipsis contempla cómo se adora a Cristo a la vez que al Padre. "Vi a la derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Vi un

ángel poderoso, que pregonaba a grandes voces. ¿Quién será digno de abrir el libro y soltar sus sellos? Y nadie podía, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro ni verlo. Yo lloraba mucho, porque ninguno era hallado digno de abrirlo y verlo. Pero uno de los ancianos me dijo: No llores, mira que ha vencido el león de la tribu de Judá, la raíz de David para abrir el libro y sus siete sellos. Vi en medio del trono y de los cuatro vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero, que estaba en pie como degollado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios, enviados a toda la tierra. Vino y tomó el libro de la diestra del que estaba sentado en el trono. Y cuando lo hubo tomado, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos cayeron delante del Cordero, teniendo cada uno su cítara y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos. Cantaron un cántico nuevo, que decía: "Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre has comprado para Dios los hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación, y los hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes, y reinan sobre la tierra." Vi y oí la voz de muchos ángeles en rededor del trono, y de los vivientes, y de los ancianos; y era su número de miríadas de miríadas, y de millares de millares, que decían a grandes voces: Digno es el Cordero, que ha sido degollado, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición. Y todas las criaturas que existen en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y todo cuanto hay en ellos, oí que decían: Al que está sentado en el trono y al Cordero, la bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Y los cuatro vivientes respondieron: Amén. Y los ancianos cayeron de hinojos y adoraron" (*Apoc.* 5, 1-14). La adoración del Cordero, descrita aquí en símbolos e imágenes, se hace de forma ascendente. Primero, caen los cuatro seres celestes ante el Padre y el Cordero, en cuya muerte de cruz la historia alcanzó su punto culminante y decisivo y en quien serán resueltos sus enigmas al fin de los tiempos; los cuatro adoran y cantan su himno de alabanza entre el sonido de las arpas y el olor del incienso. Se arrodilla después el incontable ejército de las legiones celestiales y finalmente la creación entera canta el "amén"; cuyo eco es escuchado por los ancianos en adoración. Cfr. H. Lilje, *Das letzte Buch der Bibel*, 1940, 105-106; J. Sickenberger comenta también el texto citado.

En el canto de alabanza de los justos se cumple y culmina el himno que los cristianos ofrecen al Señor en esta vida. En este mundo lleno de señores y dioses celestes y terrestres, el cristiano no reconoce más que un Dios y Señor (*I Cor.* 8, 6). El ejército de los fieles invoca su clemencia en "Kyrie eleison" sin verlo, mientras que los mundanos pueden verle y señalar sus señores y dioses. El grito de salvación dirigido al Señor logra en el cielo su máxima intensidad, porque el Señor se revela a los suyos y los suyos le ven como el "amén", como el "sí" de Dios a sus vidas, a su alegría, a su salvación. A la clara luz de la contemplación pueden ensal-

zarle como a única garantía de su propia existencia y de la verdadera vida, como a único fundamento de la verdadera humanidad (*Apoc.* 3, 14). A El sólo es debida la gloria y alabanza por toda la eternidad.

APARTADO 5.º

CRISTO COMO MEDIADOR

Cristo es el verdadero y auténtico camino. Lo que todo camino significa pero no puede conceder, Cristo lo concede. Durante la vida terrena los hombres recorren muchos caminos. Pues muchos caminos invitan a ser recorridos, caminos del cuerpo y caminos del espíritu y del corazón. Los hombres recorren las calles porque esperan llegar por ellas a la meta que su corazón anhela. Cuando un camino engaña porque es falso, el hombre recorre otro. Pero en definitiva tiene que reconocer que todos los caminos de la tierra son callejones sin salida. Ninguno lleva más allá del mundo. Se interrumpen donde termina lo terreno y vuelven de nuevo sobre sí mismos. Hacen un círculo. Pero el corazón humano anhela una realidad distinta de todas las realidades de la experiencia y que está más allá del mundo. Sin embargo, el hombre no puede encontrar ningún camino hacia ella. En esta situación se oyen las palabras del Señor: "Yo soy el verdadero camino." Cristo es el verdadero camino porque conduce hasta donde ningún otro camino puede conducir y hasta donde el hombre tiene que llegar, sin embargo, para alcanzar la meta de su anhelo. Cristo no es sólo el indicador ni sólo el maestro de quien el hombre puede saber hacia dónde va el camino, sino que es el camino mismo que tiene que recorrer (*Io.* 14, 1).

Cuando Cristo dice que El es el camino no se trata de una mera información, sino de una invitación. Llama a los hombres a seguir el camino que es El mismo. El hombre sigue esta invitación cuando se dirige a Cristo en la fe. Mientras se une a Cristo en la fe no puede ver patentemente el carácter de camino de Cristo. Pero en la vida celestial el hombre sabrá inmediatamente que en Cristo puede apoderarse de la realidad que anhelo poseer. En Cristo puede poseer continuamente la realidad del Padre mismo. Cristo lo lleva al Padre. El es el Hijo que tiene derecho a

disponer de la casa de su Padre. Puede llevar a los unidos con El a la casa del Padre sin tener que temer que El mismo o éstos sean rechazados por el Padre. Invita a sus amigos al banquete amistoso y solemne en la mesa de Dios sin que El o los invitados tengan que preocuparse ni temer que el Padre los aparte de la mesa (*Io.* 14, 2; *Mt.* 25, 1-12; 22, 1-14; *Lc.* 13, 25; 22, 29). Hace aún más y El mismo lo sirve en el banquete celestial (*Lc.* 12, 37; *Io.* 13, 1-17; *Mt.* 20, 28; *Lc.* 22, 26; *Mr.* 10, 45). Mediante ese servicio les regala continuamente el amor del Padre y con ello la bienaventuranza de ser amados y poder amar. Es el mayor servicio que puede hacerse a un hombre (J. Pinsk, *Die sakramentale Welt*, 1937, págs. 83-88). Les permite participar de su reino (*Lc.* 22, 28-30), de su libertad de las formas transitorias y perecederas de esta tierra, de su vida de gloria (cfr. § 182).

El encuentro celestial con Cristo es, por tanto, un encuentro con el hermano y con el Señor, que por su parte se realiza como continuo encuentro con el Padre.

San Cipriano describe el cielo desde este doble punto de vista de la manera siguiente: “Cuando muramos entraremos a través de la muerte en la inmortalidad, y no puede seguir la vida eterna si antes no se nos ha concedido partir de aquí abajo. Esto no es ninguna desaparición para siempre, sino sólo un paso y un tránsito hacia la eternidad después de haber transcurrido la vida temporal. ¿Quién no se apresurará hacia lo mejor? Y ¿quién no deseará ser transformado y transfigurado lo antes posible a imagen de Cristo y de la gloria de la gracia celestial, como dice el Apóstol San Pablo? Que tendremos esas propiedades lo promete también Cristo, el Señor, cuando ruega por nosotros que estemos con El y podamos alegrarnos con El en la morada eterna y en el reino celestial. Quien quiera llegar a la sede de Cristo, a la gloria del reino celestial no puede entristecerse y lamentarse, sino que tiene que manifestar sólo alegría en razón de la promesa del Señor y en razón de su fe en la verdad de este su viaje y traslación” (*Sobre la inmortalidad*, núm. 22; *BKV* I, 250 y sig.).

Según esta descripción el cielo no es primariamente una posesión objetiva, sino un encuentro personal, un encuentro de amor perfecto y bienaventurado. La participación en la vida del Señor implica la participación en la vida trinitaria de Dios.